

cipio de identidad. El propósito de este análisis es, aparte de un afán clarificador retrospectivo al resto de la obra, mostrar en el capítulo sexto que entre los estados mentales y físicos no puede haber una identidad en el caso particular, porque los estados no admiten tener casos particulares como sí que lo hacen objetos y eventos. Se trata así de uno de los argumentos en los que se basa Marcus para refutar el fisicalismo. En ese capítulo Marcus examina cuáles son las principales motivaciones en favor del fisicalismo y también los diferentes tipos de relaciones entre lo mental y lo físico que se han sido propuestas por parte de los fisicalistas con el afán de criticar todas ellas, incluida la relación de *sobrevenida* (*supervenience*), posición que, aunque Marcus considera compatible con sus puntos de vista, cree que no tiene las consecuencias metafísicas acerca de la relación entre lo mental y lo físico que se han supuesto que tiene. Sin embargo, el principal argumento en contra del fisicalismo estaba ya dado desde el capítulo cuarto: si el tipo de causalidad que reina en el mundo físico es la eficiente, y el tipo de causalidad que reina en el terreno de lo mental es de un tipo diferente, no hay posibilidad de una reducción de lo mental a lo físico, simplemente porque no ha lugar a tal reducción. El ansia por reducir lo mental a lo físico surge cuando pensamos que creencias y deseos actúan como causas eficientes de nuestras creencias y acciones, operando los mismos principios y el mismo tipo de causalidad en ambos reinos. Si uno abandona esos supuestos, como nos invita a hacerlo Marcus, dicha ansiedad desaparece, lo mental conserva su autonomía frente al mundo físico y la tesis fisicalista aparece como la consecuencia de una mala comprensión del funcionamiento de nuestras explicaciones racionales.

Jesús A. Coll Mármol

Escuela Europea de Alicante

Avda. Locutor Vicente Hipólito, s/n, Alicante 03540

E-mail: jesuscoll@hotmail.com

Signo y Valor. Estudio sobre la estética semiótica del hecho literario, de JAVIER PAMPARACUATRO MARTÍN, PAÍS VASCO, UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO, 2012, 393 pp.

Pocas cosas son tan universales en todo lector como la inclinación a emitir juicios de valor sobre aquello que lee. En este mismo sentido, si hay algo que caracterice toda praxis crítica es el enjuiciamiento de la mayor o menor bondad de la obra, sus virtudes y sus defectos, su categoría de obra maestra o su trivialidad y falta de interés. El asiento teórico y criterios de apreciación del valor estético suelen, no obstante, permanecer implícitos y más que difusos. Pues bien, podemos afirmar que el análisis, la teorización y fundamentación de la existencia de un valor estético objetivo en las obras literarias constituye la principal empresa de este ensayo. El libro, desde esta perspectiva, se construye como refutación del aserto de Northrop Frye, para quien “el análisis de la literatura versa sobre literatura; su valoración versa sobre su valorador, sobre nosotros mismos” [p. 13]. Nos situamos así desde el primer momento en las antípodas del relativismo valorativo y de los postulados más fuertes del post-estructuralismo o de la postmodernidad.

La objetividad del valor, como ya el título nos deja adivinar, se argumentará desde una orientación metodológica muy concreta: la de los presupuestos de la semiótica en general y las tesis de Mukarovsky en particular, de las que este libro es particularmente deudor. Esto supondrá omitir conscientemente cualquier tipo de pauta desarrollada por la hermenéutica, corriente que podría también aportar una perspectiva interesante al tema, toda vez que la noción de valor presupone una interpretación del texto. Así, podríamos incluir este libro entre las “perspectivas en semiología literaria” que antologara Arco Libros hace una década.

Pero, y esto conviene subrayarlo, Pamparacuatro no concibe únicamente el libro como un ensayo, sino que desarrolla con profusión su carácter de manual, hasta el punto de que es este el aspecto que predomina en la mayoría de capítulos. Este hibridismo y el mayor peso cuantitativo de la faceta de compendio –que sin embargo se presenta con una estructura más propia de un ensayo, con un punto de partida y un punto de llegada tras sucesivas aproximaciones– genera por momentos un efecto de continua postergación de una línea argumental que solo termina de coger forma en las últimas páginas. Casi todas las teorías importantes del siglo XX con incidencia en el terreno literario, desde Saussure hasta Derrida, son aquí expuestas en sus puntos fundamentales. No difiere en esto de otros muchos manuales ya publicados, si bien conviene destacar por un lado la claridad, el rigor y la concreción de estas explicaciones y, por otro, lo significativo que supone la selección y la ordenación de los distintos autores y planteamientos que se traen a colación.

La estructura externa, está claro, implica ya una orientación argumentativa. Y esto se hace especialmente palpable en este ensayo, dividido en cuatro grandes apartados ante los que, no obstante, podemos señalar una estructura tripartita, ya que el primero [pp. 23-70], titulado “Planteamientos teóricos”, se concibe a modo de prolegómena de lo que habrá de venir, construyéndose así como una especie de diccionario abreviado de lingüística portátil en donde se explican los rasgos básicos del estructuralismo, deconstrucción y pragmatismo. Una vez dicho esto, nos encontramos con tres grandes bloques que se ocupan de tres conceptos capitales: literariedad [pp. 71-144], literatura [pp. 145-226] y valor [pp. 227-338], más un epílogo y una conclusión [pp. 339-366] que podríamos subsumir dentro del último bloque. La estructura procede de lo más general a lo más particular, dado que, dentro del conjunto de textos que tengan literariedad, solo algunos serán literatura y, dentro de estos, solo algunos tendrán un valor positivo.

Pamparacuatro bebe, como es lógico, del formalismo ruso para explicar el concepto de literariedad. Esto le da pie a realizar un repaso compendiador de los principales conceptos que acuñó esta corriente (desautomatización, fábula [*sûžet*], recurso [*priëm*], efecto de extrañamiento...) sin perder nunca de vista la literariedad concebida como condición previa y necesaria –pero no suficiente– para que se dé la literatura [p. 74]. Así se nos conduce hasta Jakobson y su teoría de la función poética. Desde este paradigma, podemos afirmar que cuando esta función predomina en un texto, hay literariedad (o poeticidad, que Pamparacuatro entiende como sinónimo en este contexto). Este capítulo nos da también muestra de la combinación de tres niveles expositivos que se practican a lo largo del libro: en primer lugar tenemos una introducción a las distintas teorías y movimientos históricos, a lo que hemos de sumar el desarrollo de una tesis sobre el valor estético en la obra literaria y, finalmente, derivado del contacto entre los dos

puntos anteriores, la revisión crítica de algunos presupuestos de teóricos clásicos, como es el caso de Jakobson [p. 113].

Así nos acercamos un paso más al objetivo último del ensayo, que busca siempre desembocar en la noción de valor literario, y avanzamos al siguiente capítulo, dedicado a analizar el problemático concepto de literatura. No obstante, el grueso del capítulo se dedica a exponer con detenimiento las ideas de cuatro teóricos fundamentales: Mukarovsky como representante de la Escuela de Praga, Lotman en tanto que máximo exponente de la Escuela de Tartu, Barthes y, finalmente, Eco, todo lo cual puede distraer en ocasiones del objetivo principal del libro. Hablar de literatura supone introducir la pragmática en el debate, basta constatar el carácter convencional y cambiante de las obras que son o no consideradas literarias a lo largo de distintas épocas. Lo afirma con rotundidad el autor de este ensayo: “el mismo concepto y término de *literatura* es contingente, una invención histórica” [p. 146]. Los formalistas, prosigue Pamparacuatro, acertaron a definir la literariedad, pero no la literatura, que “sospechamos, es algo mucho más complejo, porque se trata de una cuestión relacionada con la respuesta del lector” [p. 148], hipótesis que vincula la propuesta del autor con el ámbito de la estética de la recepción, si bien el marco sigue siendo el de una estética semiótica que, como la de Mukarovsky, incluye el “hecho social” como elemento indispensable en el análisis.

Tras esto, llegamos finalmente al concepto de valor, que el propio autor reconoce abordable desde dos perspectivas básicas: “la que nos lleva a la consideración del valor absoluto, o la que tiene en cuenta la variabilidad y relatividad de los valores” [p. 232]. Siendo su apuesta clara por la primera vía, elige como ejemplo de la segunda a Terry Eagleton, de quien selecciona y glosa alguna cita al respecto. A pesar de esta mención del conocido teórico de filiación neomarxista, se echa de menos en algunas de las secciones de este libro la confrontación de las ideas desarrolladas con el paradigma sociocrítico de estudio de la literatura, si bien cabría responder que no es este el interés y cometido del ensayo, centrado en una perspectiva muy distinta. Concretamente, el camino que se intenta cimentar en este último tramo pasa por proporcionar y analizar algunos criterios de establecimiento del valor. Así, la buena novela, siguiendo a Barthes, se caracteriza por abrir sentidos, multiplicarlos sin cerrarlos nunca, defraudar siempre el significado cerrado [p. 281]. En este sentido, Pamparacuatro desarrollará los conceptos barthesianos, a veces un tanto abstrusos, de distancia y demora [pp. 282-301]. Junto a estos hayamos también el principio de pertinencia o economía [pp. 256-261] o el desagrado estético [p. 316] –unido al placer– que para el autor es inherente a toda gran obra. Este último criterio, tomado de Mukarovsky, se basa en la distinción que el escritor checo hace entre función estética y norma estética [pp. 302-306]. La relación entre una obra dada y la norma estética predominante genera también valor, toda vez que si la obra se ajusta íntegramente a la norma estética no podrá ser valiosa. Toda buena literatura subvierte o innova respecto de la norma estética que, implícita o explícita, tiene como horizonte y en la que parcialmente también se asienta. El valor, nos dice Pamparacuatro, es por tanto contextual –hallamos un apartado dedicado a “la historicidad del valor” [p. 333]–, no determinable con independencia del marco de producción del texto. Además, nos encontramos con que todos estos rasgos y otros que quieran hallarse, ciertamente compartidos por muchas obras consideradas maestras, no nos sirven ni como método para determinar el valor, ni como conjunto de condiciones necesarias que toda buena obra deba satisfacer.

Si bien el epílogo lo constituye un singular intento de fundamentar o reorientar la reflexión sobre el valor literario a través de los presupuestos sartrianos de “el ser-en-sí y el ser-para-sí” [p. 344], considero más importante mencionar dos temas que continuamente impregnan el desarrollo de las distintas ideas a lo largo del texto. El primer elemento es el *kitsch*, concepto cuya teorización se basa en los escritos de Hermann Broch. Las obras *kitsch* –por ejemplo, los *bestsellers*– no constituyen, defiende el autor, mala literatura, esto es, literatura con valor estético negativo, sino que aglutinan todos los aspectos del antivalor, ya que “son meros productos de consumo de masas, desechables en un corto periodo de tiempo, semejantes entre sí, que no aportan novedad alguna, muchas veces no tienen tampoco ambición estética, repiten formas ya descubiertas y gastadas” [p. 132]. Presentan las obras *kitsch* una “literariedad degradada” [p. 143] porque, no es ya que, como la mala literatura que en toda época ha existido, no consigan lograr los efectos propios que otorgan valor literario, sino que, por el contrario, el *kitsch* se define porque no los pretende, ni siquiera los busca. Subyace continuamente en el discurso de Pamparacuatro el propósito de arremeter contra el estado del mercado editorial actual y la primacía de los productos *kitsch*, ante lo que es fácilmente detectable el prurito de, utilizando la expresión de Gullón, expulsar a los mercaderes del templo de la literatura. Sin pretender negar la gran parte de verdad de esta crítica, conviene advertir contra el siempre sospechoso tópico del “todo tiempo pasado fue mejor” que a veces parece asomarse a las páginas de este libro, ya que, según el autor, nos hallamos “en una época en la que se suceden las interpretaciones simples, rápidas, reductoras y uniformizadas” [p. 244], en que lo *kitsch* –inexistente en los siglos anteriores– se ha erigido como emblema de nuestro tiempo.

Todo esto converge en el segundo punto que recorre el libro entero: el papel que debe ocupar la crítica literaria, que basa su labor en el concepto de valor. Pamparacuatro arremete contra la forma de practicar la crítica en la actualidad: “convertida hoy en un trabajo de reseña, más o menos apresurado, acerca de la actualidad literaria, se ha sometido al imperativo de lo último, de la novedad editorial, y ha descuidado su misión de examen riguroso y de reflexión” [p. 234]. Así, el papel de la crítica debe ser reconducido hacia actividades derivadas de su deber primordial hoy en día, que no es otro que detener el avance del *kitsch* [p. 364]. Al margen de estas consideraciones, y para ir concluyendo, está claro que el presente libro supone una excelente piedra de toque para situarse en el poliédrico debate en torno a la naturaleza del valor estético, brindándonos la posibilidad de incorporar al análisis buena parte de las corrientes de pensamiento más relevantes del pasado siglo y, al mismo tiempo, dar cuenta de la parte estrictamente ensayística en poco tiempo. Y es que nos hallamos ante una obra que, quizás como todo buen libro, acierta a plantear más interrogantes de los que cierra.

Rodrigo Guijarro Lasheras
Facultad de Filología
Universidad Complutense de Madrid
Ciudad Universitaria, 28040 Madrid
E-mail: rguijarr@estumail.ucm.es